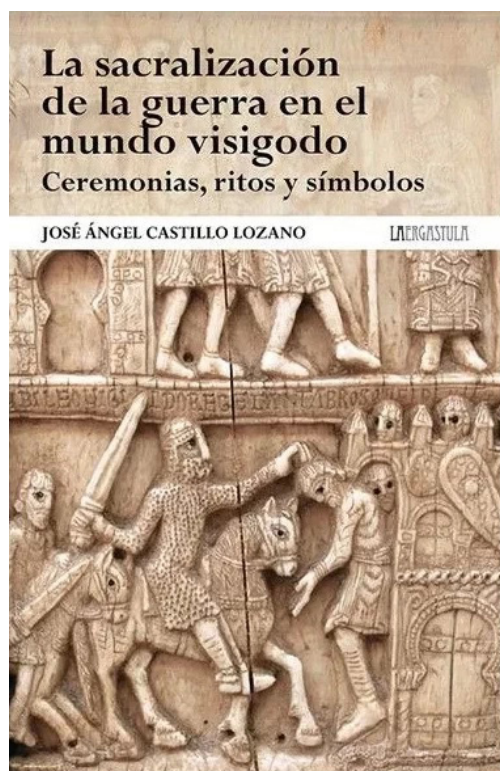


Cómo citar / How to cite: Martínez Buendía, José. 2025. La sacralización de la guerra en el mundo visigodo. Ceremonias, ritos y símbolos. José Ángel Castillo Lozano. La Ergástula, Madrid, 2024, 149 pp. ISBN: 978-84-19726-14-8. *Antigüedad y Cristianismo* 42, 195-197. <https://doi.org/10.6018/ayc.666711>

LA SACRALIZACIÓN DE LA GUERRA EN EL MUNDO VISIGODO. CEREMONIAS, RITOS Y SÍMBOLOS. JOSÉ ÁNGEL CASTILLO LOZANO. LA ERGÁSTULA, MADRID, 2024, 149 PP. ISBN: 978-84-19726-14-8

Recibido: 11-6-2025

Aceptado: 8-9-2025



La sacralización de la guerra en el mundo visigodo: ceremonias, ritos y símbolos es un libro que explora diversos aspectos de la teología política y bélica del reino visigodo. Su autor, José Ángel Castillo Lozano, ha decidido alejarse del carácter positivista de la historia visigoda para adentrarse en la cosmovisión de la guerra que caracterizaba a su aristocracia. Su conocimiento exhaustivo de las fuentes de este periodo queda reflejado en esta obra, que

permite comprender mejor las dinámicas y las concepciones ideológicas en torno al poder durante la Antigüedad Tardía.

Toda monografía ha de presentar, antes que nada, sus objetivos así como la metodología empleada y los precedentes historiográficos del tema en cuestión. Esto realiza el autor en el primer capítulo del libro, donde se propone estudiar las ideas en torno a la guerra en el mundo visigodo y las derivaciones teológicas de su éxito, revestido de una concepción providencialista de la historia. Para ello se vale tanto del análisis pormenorizado de las fuentes históricas (principalmente las obras de los eclesiásticos godos, las hagiografías y las cartas conservadas) como de un amplio repertorio bibliográfico de autores que han tratado en mayor o menor medida esta cuestión.

El segundo capítulo versa sobre el juicio de Dios como categoría histórica, principio clave de la historiografía visigoda que ya es visible en autores tardorromanos como Orosio, Hidacio o Eusebio de Cesarea. Los tres grandes autores eclesiásticos de época visigoda, Juan de Biclario, Isidoro de Sevilla y Julián de Toledo, analizarán los sucesos históricos en clave providencialista, convirtiendo al pueblo godo en el instrumento último de Dios. A través de la examinación de varias fuentes visigodas, Castillo expone la importancia de la presencia del juicio de Dios como categoría histórica a través del esquema pecado-castigo, que los autores visigodos recuperan del Antiguo Testamento y que plasman de forma más o menos explícita.

Este modelo de justificación y de explicación de la realidad se observa en diversas circunstancias en las que Dios manifiesta su preferencia por uno u otro suceso. Se lee cómo castiga al emperador o al rey perseguidor de los católicos y al que es ferviente arriano, así como a los soberanos injustos y tiránicos; en cambio exalta en la batalla al rey justo y recto. Por medio de su favor los santos realizan milagros protectores y taumatúrgicos que indican los derroteros por los que la deidad quiere que se dirija la historia; al mismo tiempo, no tiene clemencia con aquellos que atacan a los santos. También el diablo actúa en la historia, pero como un instrumento de Dios. Cada caso particular extraído de los textos visigodos es analizado y contextualizado, revelando el trasfondo político de los sucesos descritos y la importancia del juicio de Dios para sus contemporáneos.

Enlazando con la visión providencialista de la historia, el tercer capítulo explora la idea de la intervención de Dios como juez de la guerra en las fuentes historiográficas y epistolares visigodas. Sus autores recogen la tradición de los autores cristianos tardorromanos que ya habían manifestado esta idea en sus obras. La guerra es un aspecto fundamental de la historia visigoda, por lo que se encontrará a Dios como el juez providente que conduce a los vencedores y descalifica a los vencidos a través de sus prodigios. Se trata de nuevo de una idea de raíces veterotestamentarias que se evidencia en la unción regia y los himnos y las salmodias asociadas al rey. Como contraparte al rey justo ungido para cumplir con la misión divina se sitúa el usurpador, cuya descripción es la propia del *tyrannus*, con un catálogo de rasgos negativos y que es convertido en un *duces* del demonio. A pesar de que no son los únicos ejemplos que da Castillo, merecen especial mención la carta de Tajón de Zaragoza a Quirico y la *Historia Wambae Regis* de Julián de Toledo por la crudeza que representan la guerra y la usurpación tanto en el plano físico como en la concepción ideológica que se tiene de las mismas. No obstante, a veces no siempre los eclesiásticos pudieron permitirse alabar las capacidades

bélicas de reyes católicos, ya que algunos como Alarico o Leovigildo eran arrianos. Para ello decidieron alabar las dotes guerreras implícitas al pueblo godo o trataron de exculpar la piedad cuasi ortodoxa de algunos de ellos.

El cuarto capítulo es más breve que los precedentes y trata la presencia de la guerra en los poemas visigodos, concretamente en los dos *carmina* escritos por Eusebio II de Toledo. En el primero, el autor se lamenta de la destrucción y del estado apocalíptico de una situación próxima al colapso de la comunidad, implorando a Dios el perdón y la salvación de su pueblo. En el segundo, Eusebio manifiesta su alegría al haberse logrado imponer la paz gracias a Dios y se dirige también a los enemigos de la nación goda como los servidores del demonio. Ambos poemas ofrecen la visión de Dios providente que dirige la historia dentro de la cual la guerra constituye uno de sus instrumentos para expresar sus juicios.

El quinto capítulo aborda la sacralización de la guerra en las hagiografías del *regnum Gothorum*. Castillo insiste en que las vidas de santos han de leerse no solo por su significado religioso, sino en clave política, pues reflejan (o, como se observa en la *Vida de san Fructuoso*, tratan de ocultar) los sucesos que tuvieron lugar durante sus vidas. En algunos casos se presenta al lector la imagen de un *exemplum* de maldad tiránica, en el caso de la *Vida de san Desiderio* del rey Sisebuto ocurre así con Brunquilda, castigada por la divinidad a causa de sus múltiples impiedades. El mundo religioso no se entiende sin la guerra como parte fundamental de la política; al igual que tampoco esta se entiende sin su sacralización. La guerra es una metáfora muy real en las hagiografías del reino visigodo. Dios y Jesucristo son imaginados como *imperatores* de un ejército formado por su corte celestial, al igual que el hombre santo adquiere los rasgos de un *miles Christi* de la fe cristiana en lucha permanente en el mundo terrenal en busca de la salvación.

El sexto capítulo del libro es dedicado a los ritos, himnos, símbolos y ceremonias del reino visigodo de Toledo que guardan algún tipo de relación con la guerra. Empezando con los dos primeros, se han conservado algunos himnos que hacen referencia a la guerra implorando el auxilio de Dios contra los enemigos. Castillo contextualiza históricamente estas composiciones, si bien muchas de ellas ofrecen varios problemas de datación. Especialmente interesantes son los contenidos en el *Liber ordinum*, pues forman parte de rituales que tenían lugar antes de la partida del monarca a la batalla y que lo equiparaban a un paladín cristiano presto para combatir a las huestes del demonio; y también las oraciones dadas como acción de gracias por el regreso victorioso del rey y las súplicas a Dios por la paz duradera. El mensaje religioso de los himnos es evidente, ya que son numerosas las alusiones a pasajes del Antiguo Testamento, ya sea a caudillos como Gedeón o Judas Macabeo, o a episodios en los que Dios envió su socorro al pueblo de Israel, transformando a los visigodos en el nuevo pueblo de Dios. Los símbolos jugaban un papel muy importante en estas ceremonias, entre los cuales pueden encontrarse los zapatos, las diademas, el caballo, el trono-sella *curulis* y los estandartes, entre los que sobresale probablemente el *lignum crucis* que garantizaba la victoria del ejército de Dios y revestía de un sagrado poder al rey godo. La ceremonia más discutida es la del *triumphus*, que si bien se discute que tuviese lugar en el reino visigodo, sí que hay referencias a celebraciones de una especie de desfile en la *Chronica* de Juan de Biclario y en la *Historia Wambae regis* de Julián de Toledo, en la que los *tyranni* derrotados son expuestos a la vergüenza y ataviados con una serie de símbolos que les convierten en la antítesis del rey justo y piadoso.

En el séptimo y último capítulo, el autor expone las conclusiones que ha alcanzado a lo largo del estudio. La guerra es un instrumento usado por Dios para dirigir los rumbos de la historia, y por tanto es lícita, adquiriendo una gran importancia en la legitimación del rey,

agregando el poder divino a su *ethos* guerrero. La sacralización de la guerra expresada por las fuentes escritas visigodas revela que en el *regnum Gothorum* se produjo una unión entre *rex*, *gens* y *patria Gothorum*, es decir, recoge la tradición veterotestamentaria y presenta a un pueblo elegido para el que la guerra es una prueba de aptitud, pudiendo resultar bendecido o castigado. Como dirigente de este pueblo, el rey visigodo se convierte en un nuevo caudillo bíblico tutelado por el poder religioso, con lo que la monarquía se ha sacralizado al mismo tiempo que el derecho está siendo divinizado.

En definitiva, este libro supone una profundización en un aspecto muy importante de la historia del reino visigodo, indispensable para conocer los matices de la cosmovisión religiosa de su trasfondo político y bélico. Por otra parte, esta monografía no debería estar orientada únicamente a los estudios del mundo visigodo, o anclarse exclusivamente a las investigaciones sobre la península ibérica en este periodo. Es necesario que se relacione el reino visigodo con los reinos sucesores próximos y no tan próximos, como ha realizado el autor con sus alusiones al reino franco o al imperio romano de Oriente. Debe ponerse en relación con los trabajos sobre la concepción del poder en la Antigüedad tardía, ya que el análisis realizado por Castillo permite observar las conexiones y las herencias recibidas por el mundo romano, que sufrieron una transformación que dio lugar a las características definitorias de este periodo y que pondrían las bases de algunos de los pilares ideológicos del poder de la Edad Media.

José Martínez Buendía
Investigador independiente
Murcia, España
jose.marbu@hotmail.com
orcid.org/0000-0002-4148-6575

